

En que se ejecuta el plan del capitán Perros.

Los que se aproximaban eran, en efecto, John Clarkson y miss Betty.

Con seguridad se hubiera recorrido el país de Gales y la Cornouaille, de un extremo al otro, sin encontrar un *gentleman* de aspecto más respetable que John Clarkson, y una *miss* tan inquieta y tan jovialmente escéntrica como Betty Clarkson, su hija.

A Santiago de Brandes le agradaron desde luego aquellas francas fisonomías.

Miss Betty se expresaba muy correctamente en francés, con un acento que realizaba su gracia.

Tan luego como vió al barón, dijo a su padre:

—Ahí está el *gentleman*.

Y dirigiéndose a Santiago, le dijo:

—¿No es verdad, caballero, que sois el barón de Brandes?

Santiago se inclinó.

—Soy el barón Santiago de Brandes, en efecto, señorita.

—Y yo—repuso el armador—soy John Clark-

son, de Liverpool, de la casa *Clarkson, Gil, Sandworth and Co.*

—Celebro tanto tener el gusto de conoceros—dijo la joven *miss*.

Las presentaciones estaban hechas.

Genoveva intervino.

—La comida está servida—dijo.

Jeannin, el hostelero de La Tumba de las langostas, se había excedido.

Sin poseer el talento refinado de su primo el cocinero del hotel de Roye, merecía la estimación de su escogida clientela.

Los dos criados del inglés servían en silencio. John Clarkson había llevado sus vinos, como había llevado sus criados.

Sobre los aparadores, en el fondo de la sala, había media docena de botellas de buen aspecto.

Pasado el primer momento, ese instante solemne durante el cual las gentes que comen están completamente entregadas a tan agradable ocupación, John Clarkson había abordado de frente la cuestión y *miss Betty Clarkson* declaraba, con la boca llena, que la *Houquette* era a sus ojos el retiro más encantador del mundo.

Santiago de Brandes sentía una alegría interior, que comprenderán los que han pasado por las angustias de la ruina, y que ven de pronto, en medio de sus desastres, caer sobre ellos como por encanto, el premio mayor de la lotería ó la herencia de un pariente.

Y por encima de aquella herencia y de aquel dinero que se esparcía sobre él, veía, dominándolo todo, a cien pies sobre aquellas mezquinas, y sin embargo, interesantes cuestiones de la vida, la cabeza pálida de su hija, tendida sobre el grosero lecho del hospital Cochin.

John Clarkson, comía y bebía de veras, sin perder nada de su respetable gravedad.

Miss Betty le imitaba lo mejor que podía y con la mayor inocencia y la más graciosa sonrisa, decía al barón:

—Estais distraído, caballero. Bebed. Este es vino de las islas Canarias, en donde mi padre tiene depósitos de carbon de Cardiff ó Newcastle, á eleccion. O, bebed de este del Cabo que es muy buscado, os lo aseguro.

El mulato servia aquellos vinos distinguidos, con el religioso cuidado que merecen.

Peró miss Betty Clarkson tenia razon. El baron estaba distraído. Se encostraba en una de esas circunstancias graves de su vida.

Se preguntaba, sobre todo, con obstinacion:

—¿Qué hará Germana? ¿Qué habrá decidido? ¿Con qué angustias debe luchar!

Lo cual no le impedia corresponder á las atenciones de miss Clarkson, y empapar sus labios en el vaso que los criados del armador tenian buen cuidado de llenar.

Entonces miss Clarkson lanzaba á su padre una mirada en la cual habia algo de malicia.

Aquella jóven inglesa, era una graciosa criatura cuyas delicadas facciones, recta nariz, labios burlones, ojos inocentes y dientes bien formados, en nada se parecian á los retratos grotescos que se hacen con frecuencia de las señoritas del Reino-Unido, y que ellas justifican... algunas veces.

Santiago de Brandes salia á veces de su ensueño y se preguntaba, examinando con disimulo á John Clarkson, que podia sacar de un armador cuyas apariencias eran tan bondadosas.

Las entradas y el asado, habian desfilado por la mesa.

Las dos terceras partes de las botellas estaban vacias; llegaban á los postres.

Sir Clarkson abordó la cuestion.

—Necesitamos vuestra propiedad—dijo—de-seamos comprarla.

Y volviendo hacia su hija añadió:

—¿No es verdad Betty?

Miss Clarkson confirmó aquella asercion.

—¡Oh, sí!—contestó.

—¿Tendreis, sin duda, pretensiones razonables?—repuso el armador. ¿Cuánto?

Y como Santiago de Brandes vacilase, apretando los labios, como si temiera ser demasiado moderado ó demasiado exigente, el inglés añadió:

—Pagaremos al contado.

La Houquette no valia gran cosa, los tres mil francos de renta tendian á bajar.

La agricultura estaba en decadencia.

El baron no ignoraba tampoco que la cuerda se rompiera tirando mucho de ella.

Estaba, pues, perplejo.

Desde hacia algunos instantes sentia la cabeza pesada y juzgaba que los vinos de Canarias y del Cabo, eran demasiado fuertes, sobre todo, para los que no están acostumbrados á ellos.

No obstante, respondió despues de haberse consultado una vez más:

—Ciento veinte mil francos.

Sir John Clarkson contempló un segundo su vaso.

Algunos dias antes el gesto de John Clarkson hubiera hecho temblar á Santiago de Brandes; pero entonces estaba indiferente.

¿Le habia agradado ó desagradado á John Clarkson la pretension de Santiago?

Esto es lo que no se podia saber.

Sin embargo, cogió con delicadeza el vaso entre el indice y el pulgar, lo elevó á la altura de su nariz, hizo una pequeña indicacion, que queria decir que bebia á la salud del baron y le invitaba á hacer lo mismo, y de un trago vació el vaso, que colocó sobre el mantel.

Santiago de Brandes comprendió y correspondió á la galanteria de sir John, vaciando tambien el suyo.

Sir John no tenia los ojos en los bolsillos.

Hizo una seña imperceptible á los dos criados, que desaparecieron, cerrando tras de sí las puertas, despues de haber colocado sobre la mesa recado de escribir.

—Hablábamos del asunto hace un momento, ¿no es verdad, Betty?

Miss Betty se inclinó y dijo:

—El *gentleman* ha dicho ciento veinte mil francos. ¿Habeis dicho ciento veinte mil francos, sir?

—Sí.

La inglesa contaba por los dedos.

—¿Cuatro mil ochocientas libras?

Sir John se rascó la nuca, con el aspecto de un hombre que va a tomar una determinación, pero que vacila en tomarla.

Miss Betty, siempre calculando con sus dedos, miraba a Santiago de Brandes con atención, como si hubiera querido magnetizarle.

Parecía que decía para sí:

—¡Este *gentleman* me sorprende mucho en verdad!

Miss Clarkson estaba a la vez maravillado é inquieta.

El baron debía haberse dormido hacia ya gran rato. Pero luchaba aun. Luchaba con desesperación contra aquel extraño sueño que le dominaba.

Por sobrehumanos esfuerzos que hizo lo veía todo turbio; su cargada cabeza se inclinaba hacia adelante y de cuando en cuando se erguía, gracias á sus esfuerzos, pero para volver á caer en seguida.

Intentó levantarse de la mesa, pero fué en vano.

—¿Necesitais aire?—preguntó miss Betty con interés, mientras que sir John Clarkson pronunciaba estas palabras:

—Veo que podemos entendernos.

Miss Betty abrió la ventana que daba á la carretera, y dirigió al exterior una mirada satisfecha.

Volvió adonde estaba el baron con la frente sobre la mesa y le gritó:

—¡Ciento veinte mil francos! ¿Oís?

Santiago de Brandes no contestó,

Había puesto los brazos sobre el mantel y sobre ellos descansaba muellemente su cabeza.

Miss Betty le tocó en un hombro.

—¡Señor baron!—le dijo.

Habían concluido su tarea.

—Creo que el *gentleman* duerme—dijo volviéndose hacia á su padre. Los polvos del doctor Cook producen su efecto.

Santiago de Brandes dormía profundamente.

—Hé aquí al pájaro en las redes—dijo sir John, sin inmutarse.

Miss Betty volvió á la ventana.

Antes echó cuidadosamente el cerrojo de la puerta.

—Entrad—dijo con voz débil como el murmullo de la brisa.

Tres cabezas aparecieron en el hueco de la ventana.

En el interior de la posada se oían las carcajadas de Genoveva, á quien entretenían el mulato y el otro criado de sir Clarkson, que comían con ella.

De las tres cabezas que aparecieron en la ventana, la del medio nos es conocida.

Pertenecía al capitán Perros.

El capitán estaba muy alegre.

Entró en la habitación y fué á estrechar la mano del armador.

—Gracias á vos tenemos al canalla—dijo.

Ahora era fácil manejarse.

Santiago de Brandes no estaban en estado de defenderse.

Las otras dos cabezas eran las de René Jeanin, el administrador de Roville y de su hermano Gregorio Jeanin el guarda del Faro.

Aquellos dos colosos no tuvieron más que echar la pierna para encontrarse al lado de Santiago de Brandes.

—Sin ruido—dijo el capitán dirigiendo la maniobra.

Los dos hermanos cogieron cada uno por una estremidad á Santiago, salieron de nuevo por la ventana y depositaron su carga en un carrito que estaba parado á cuarenta pasos de allí, en una revuelta del camino.

Después montaron en el carro y se dirigieron por un camino de travesía hacia el lado del mar.

En la sala, alrededor de la mesa, no quedaron más que el armador, miss Betty, que estaba más contenta que si la hubieran presentado un futuro marido de su gusto, y el capitán Perros, que daba las gracias calurosamente al inglés, siempre tan flemático.

V

El secreto.

Los *touristes* que han visitado el Monte de San Miguel, han podido ver en una sala de aquel sorprendente monumento, que ha sido monasterio, fortaleza ó prision, en el fondo de un reducto abovedado, cuyas paredes de granito tienen tres metros de espesor, una especie de jaula de hierro enclavada en la pared y cuyos barrotes se parecen á los de las jaulas en que los domadores de fieras se entregan á sus ejercicios.

Es la prision fabricada por los herreros del rey Luis XI para el cardenal La Balue.

El capellan del rey habia sostenido culpables intrigas con el duque de Borgoña, Carlos el Temerario.

Al ménos así lo dice la historia.

Sea de esto lo que quiera, el opulento príncipe de la Iglesia, el capellan del rey, el obispo de Evreux, el ex-favorito del señor, estuvo once años encerrado en aquella prision, demasiado baja para poder ponerse en pié.

Cuando á la mañana siguiente, á eso del medio día, salió Santiago de Brandes del letargo

en que había estado sumido desde la víspera, se encontró prisionero en una jaula que se parecía á la del cardenal La Balue, al menos por las dimensiones y la solidez.

Sólo que era de granito.

Se creyó juguete de un sueño. Se frotó los ojos y pudo examinar el sitio en que se hallaba.

Era un cuadrilátero alumbrado por una tronera abierta en el interior y que terminaba en el exterior en una abertura en forma de aspillera, de manera que era imposible sacar la cabeza por ella.

Un colchon, colocado sobre un jergon de gruesa tela, guarnecía el suelo, que, como las paredes, era de granito.

Santiago de Brandes vió cerca del colchon dos servilletas, un escabel y dos grandes jarros de barro, de los cuales uno estaba lleno de agua clara.

Intentó levantarse, pero su cabeza tocó en la bóveda.

Fué á la puerta; era maciza, estaba forrada de hierro y cerrada con una enorme cerradura.

Aquel reducto era un calabozo.

Un ancho ventanillo, con sólida reja, permitía comunicar con el exterior, de un espesor de tres pulgadas.

Aproximándose á la tronera, pudo ver el prisionero, á lo lejos, una inmensa extension de agua verde, extension sin límites, agitada, y cuyo tumultuoso ruido impediría de seguro que se oyeran sus gritos si hubiera querido pedir auxilio.

Un espíritu débil se hubiera entregado á amenazas ó á quejarse en vano. Santiago de Brandes no era de esos.

Se reconcentró en sí mismo. Poco á poco se encauzaron sus ideas. Se acordaba, confusamente al principio y con más claridad después, de los acontecimientos de la víspera; recordaba la bondadosa fisonomía de John Clarkson, á la sutil Miss Betty y sus seductoras invitaciones:

—¡Bebed esto! Es vino de Canarias, y este otro procede del Cabo.

La conclusion fué que se había dejado engañar como un tonto.

No existen situaciones nuevas bajo la capa del cielo.

Las palabras de Buridan, arrojado al fondo de un profundo foso por una astucia de su enemiga la reina adúltera, acudieron á los labios del baron y no pudo menos de repetir:

—¡Bien jugadas, Margarita!

Se contentó con una simple modificación. El nombre de Margarita fué sustituido por el de Germana.

Este fué el solo punto en que se equivocó.

El capitán Perros lo había hecho todo el solo.

La lucha se continuaria en lo sucesivo entre el fiel Breton y Santiago de Brandes.

La cosa cambiaba de aspecto.

Se encontraban frente á frente dos hombres.

El marino se ponía por su propia autoridad en el lugar de su ama.

Esta ni aun le animaba.

Desesperada, no confiando en nada, le había dejado libertad de acción.

Tan luego como el baron se durmió, á consecuencia de las péfidas libaciones que le servía el mulato de John Clarkson, había sido transportado, como vimos, al carrito parado en el camino.

El vehículo rodó durante un cuarto de hora por un camino vecinal, después por un sendero que conducía á la aldea de los Pantanos.

El traqueteo del carrito no podía despertar al prisionero.

En Inglaterra los químicos farmacéuticos entre nosotros venden sus drogas libremente.

La que la hermosa Betty Clarkson vertió á su convidado en el excelente vino, era enérgica y segura.

Una salva de artillería no hubiera podido sacar al baron de su letargo.

El honrado sir Clarkson había podido garantizar á su amigo Perros, quince á diez y ocho horas de respiro, tiempo más que suficiente para llevar á cabo sus proyectos.

Del otro lado de la aldea de los pantanos, situada á dos pasos de la Houquette, el terreno descende rápidamente y va haciéndose cada vez más agreste y pintoresco. Se circula por él á través de rocas á flor de tierra y de lagunas, de las cuales toma su nombre la aldea, hasta una especie de cabo ó promontorio que avanza en el mar, dominando una extensión de peligrosos arrecifes y de bancos submarinos, conocidos con el nombre de Bajos de Sen ó de los Reniers.

Para alumbrar aquellos peligrosos pasos han construido en la extremidad de la playa, un faro, dominado por el coloso de Gatteville, situado en la punta del llano de Barfleur, pero cuya elevación es todavía de cerca de cuarenta metros.

Gregorio Jeannin era entonces el guardian de aquel faro.

Al poniente de este faro existía otro, abandonado desde la construcción del nuevo, construcción que no se remontaba á más allá de unos treinta años.

El antiguo media una altura de unos sesenta pies y ha sido abandonado, pero no destruido del todo.

Es una torre de granito, cuyo coronamiento está derruido, y cuya linterna ha desaparecido; pero los primeros pisos están garantidos por una bóveda interior que, si los hombres no se proponen echarla á tierra, resistirá muchos siglos á la intemperie de las estaciones y á los ataques del viento y de la lluvia.

El capitán Perros, al examinar el país, había comprendido en seguida el partido que podía sacarse de aquel antiguo monumento, y no le costó trabajo procurarse el concurso de los Jeannin, aquellos viejos servidores de la casa de Roye y del general de Treville.

El Breton trazó desde luego su plan. Los Jeannin lo ejecutaban.

El carro se detuvo á unos quinientos metros del viejo faro, cuya silueta, negra como la tinta, se dibujaba en la oscuridad de la noche.

Los Jeannin cogieron al baron, que no había hecho movimiento alguno, y lo trasportaron, evitando encontrarse con los aduaneros, hasta el pie de la torre.

Los dos hermanos atravesaron una puerta baja, de la forma de una poterna de ciudadela, y se encontraron alumbrados por una linterna sorda, en una escalera de piedra, que en forma de caracol, daba vuelta alrededor de aquella extraña columna.

Subieron sesenta y tres escalones y se detuvieron.

El mayor abrió con una enorme llave una puerta de encina, y el administrador, que llevaba sin esfuerzo, como lo hubiera hecho con un saco de trigo, al baron sobre sus hombros, lo depositó sobre el lecho que estaba preparado.

Se oyó el ruido de los cerrojos y de la llave que giraba en la cerradura y los dos hombres se retiraron.

Perros les había puesto en pocas palabras al corriente de la historia de la señorita de Roye, y los dos hermanos encontraban el castigo de algunos días de prisión y de hambre, demasiado leve para el culpable.

Por lo demás, la revelación no les admiró.

El administrador dijo simplemente:

—Me lo sospechaba.

Y el guardian del faro:

—La cara del primo no me gustaba.

Al obrar como lo hacían, creían realizar un acto de justicia.

Santiago de Brandes ignoraba aquellos detalles, preguntándose cómo saldría de allí.

Todo era confusión en su cabeza.

Estaba como si hubiera recibido en ella un culatazo.

La situación no era nada tranquilizadora y se habían tomado muchas precauciones contra él.

¿Quién? ¿Qué mano andaba en el asunto? ¿Qué participación tenían en él John Clarkson y aquella miss Betty, á quienes no había visto jamás?

Intentaba reconocer el sitio en que se encontraba y no lo conseguía.

Por la estrecha tronera no descubría más que el mar y su inmensidad.

¿Cuánto tiempo habían empleado en el camino para llevarle allí? ¿A qué distancia se encontraba de Barfleur? ¿Desde cuándo estaba encerrado en aquel calabozo?

Las contestaciones á estas preguntas eran otros tantos misterios para él.

Su reloj se había parado en las doce.

No sabía ni qué hora era.

Muy pronto, sin embargo, por las ansiedades que sentía en el estómago comprendió que la comida del inglés estaba ya muy distante.

Esperaba que alguna persona se presentara, pero su esperanza se vió frustrada.

Llegó la noche y nadie se presentó.

Los últimos resplandores del día desaparecieron.

Refrescó el viento y una fuerte y ruidosa lluvia comenzó á caer.

El baron no se desalentó.

Se tendió en el colchon, después de haber bebido un poco de agua fresca, se envolvió en una manta de lana, que formaba parte de los efectos que allí había, y se durmió diciendo:

—Mañana veremos.

Vino el día, y con el día un hambre violenta que le destrozaba las entrañas.

Debía ser cerca de mediodía, y el sol había disipado las nubes de la mañana, cuando el prisionero oyó abrirse una puerta en la parte baja de la torre y pesados pasos en la escalera.

Aquel ruido sonoro en el interior vacío, le alegró.

Los pasos se acercaron y el ventanillo de la puerta se abrió.

Una cabeza de cabellos rubios, cubiertos con un gorro de lana, un gorro de marinero, se mostró en la estrecha abertura.

—¡Toma! ¡Sois vos, Gregorio!—dijo, reconociendo al guardian del faro.

—Si, soy yo—respondió el hombre muy tranquilo.

—¿Venís á saber si me ocurre algo?

—Justamente.

—¿Qué hora es?

—La una de la tarde.

El baron sacó su reloj, le dió cuerda tranquilamente, y lo puso en hora.

—Es muy aburrido—dijo—no saber en qué hora se vive. ¿Hace mucho tiempo que estoy aquí?

—Dos dias, señor baron.

—¿Estamos en el faro viejo de Roville?

—Si, es el faro viejo de Roville donde estais.

—Me lo sospechaba. ¿Y puedo saber cómo me han traído aquí?

El guardian movió la cabeza, y respondió sin comprometerse, como viejo y astuto normando:

—Puede ser que haya quien lo sepa, pero yo no os lo puedo decir.

—¿Piensan tenerme aquí mucho tiempo?

Gregorio Jeannin abrió mucho los ojos y apretando los labios, contestó:

—No me han confiado sus proyectos las personas que tienen interés en que esteis aquí, y tengo por costumbre no hablar de lo que no sé.

—No ignorareis que yo podré pedir cuentas del lazo que se me ha tendido.

—Me lavo las manos en este asunto, señor baron—declaró el guardian.

Y añadió con malicia de aldeano:

—Y además, los que lo han hecho son gente influyente, y me parece que si hubiera un proceso saldrian bien de él con facilidad.

—¿Y qué razón tienen para tenerme encerrado?

—Respecto á eso, diré al señor baron lo que se cuenta. Parece ser que habeis hecho cosas que no son buenas y que si se supiesen os perjudicarian mucho. Pero estos asuntos no me interesan, ¡entendeis!... Yo estoy encargado de ver si careceis de algo.

Esto era una horrible ironía. Jeannin abusaba de la situación. Su prisionero carecia de todo.

Pero Santiago de Brandes sonrió.

—Sois demasiado bueno—dijo.—Estoy alojado como un príncipe.

El rústico le pagó en la misma moneda.

—Es verdad—dijo,—el edificio es magnífico, muy sano, y limpio como una taza de plata. No estareis mal aquí. ¡Y además, teneis una buena ventana para la estación, que no es fría! ¿Teneis agua?

—Para mucho tiempo.

El guardian se volvió diciendo con tono tranquilo.

—Hasta la vista, señor de Brandes.

El ventanillo de la puerta volvió á cerrarse.

—¿Es que estas gentes habrán jurado dejarme morir de hambre?—pensaba el baron, bastante desconcertado.

Volvió á abrirse el ventanillo.

—¡Qué aturdido soy!—repuso Gregorio Jeannin, que reapareció en él.—Olvidaba entregaros una carta, señor baron.

—¡Ah! ¡dádme! ¡Aquí hay de todo, hasta correo!

Un sobre cayó en el suelo por debajo del ventanillo.

Gregorio Jeannin era prudente y se había mantenido á cierta distancia.

—Ahí la teneis—dijo.—Vuelvo á mis asuntos.

El baron no intentó detenerle.

Comprendia que no habia nada que esperar de aquel Jeannin.

Abrió la carta, sin apresurarse, adivinando,

poco más ó menos, lo que iba á encontrar en ella.

Era del capitán Perros.

«Un servidor de la admirable mujer á quien tan indignamente tratais, y de quien os convertis en verdugo, se promete arrancaros el secreto que quereis obligarla á compraros á un precio tanto más inaceptable, cuando ella no puede sentir por vos más que horror y odio, y que ama á un amigo de la infancia, cuya adhesión é inalterable cariño la han interesado siempre.

»Si quereis decirme en dónde está la niña que habeis robado, saldreis del sitio en que os hallais y se asegurará para vos y el señor de Fresnaye, cuyo honor está intacto—lo sabemos,—un porvenir honroso.

»Si os negais, por mi honor que os dejaré morir de hambre como á un miserable y arrojaré vuestros restos al mar.

»Acepto la responsabilidad de mis actos, y firmo.

»NAZARIO PERROS.»

«Ex-capitán de la marina mercante.»

»Postdata.—La persona, cuyo nombre no pronuncio, no toma parte alguna en lo que os sucede. Ignora hasta que estais en ese lugar, y si se procede sin conocimiento suyo, es por que se teme el desfallecimiento de una desgraciada mujer, minada por veinte años de sufrimientos.

PERROS.»

Santiago de Brandes se quedó pensativo.

¡Había esperado ver aparecer al enemigo, Germana tal vez ó el capitán Perros, á quien jamás habia visto; pero de quien habia oído hablar como de un carácter enérgico, resuelto, indomable, casi como el suyo; y este hombre, á quien Triquet le habia descrito como tipo de

honor y de obstinacion, le mandaba este amenazador *ultimatum!*

El baron no se intimidaba tan fácilmente.

Sabía que no se encontraban asesinos entre las gentes que rodeaban á la señorita de Roye y al general de Treville.

Pero podian tenerle encerrado mucho tiempo en aquella situacion ridicula, en medio de sus tan embrollados asuntos, y estando, como estaba ademas Juana, en peligro, necesitaba estar libre.

¡Y ya era el segundo dia de su cautiverio.

Llegó de nuevo la noche.

Le pareció de una duracion interminable y la pasó muy agitado.

Llegó la mañana y con ella Gregorio Jeanin.

El guardian del faro le pasó una botella de agua y le preguntó simplemente:

—¿No teneis nada qué decir?

El baron hizo un esfuerzo, y con voz muy tranquila respondió:

—Nada.

Cuando estuvo de nuevo solo, bebió la mitad de aquella agua para apagar la sed que le producía la fiebre y descansó un instante.

Pero pronto se renovaron sus torturas.

Tendido en el colchon, agobiado de fatiga y de necesidad, con la cabeza llena de confusas imágenes, cayó en un estado de postracion próximo al aniquilamiento.

VI

Jaula vacía.

Al entrar en su casa, despues de la entrevista con Roberto y el conde de Beaulieu, la señorita de Roye sentia una extraordinaria emocion.

La muda desesperacion de Roberto, le probaba una vez más la grandeza de su amor.

Era preciso escoger entre aquellos dos seres. Se preguntaba á cual de ellos debía sacrificar.

Desde hacia mucho tiempo sentia la contestacion en su alma.

Pero casi se censuraba á sí misma por preferir aquella criatura desconocida, indigna tal vez de tanto afecto y de tantas penas, al amigo de su infancia, á aquel hombre de honor que desde hacia muchos años guardaba en el fondo de su corazon un amor que no era para él más que origen de pesadumbres y de penas.

Por un instante, su odio contra Santiago de Brandes, aquella aversion calmada por el tiempo, se despertó tan violenta, tan exaltada como antes.

No hay ternura comparable á la de las madres.